

OLIVER ESPINOSA

La
LIBRERA
y el
LADRÓN

Oliver Espinosa



La librera y el ladrón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Oliver Espinosa, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: julio de 2020
Depósito legal: B. 7.279-2020
ISBN: 978-84-08-22784-7
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Capítulo 1

EL REENCUENTRO

Miré y vi una puerta abierta en el cielo, y la voz que yo había oído al principio [...] me dijo: «Ven, sube y te mostraré las cosas que deben suceder».

APOCALIPSIS 4, 10

Madrid, 27 de julio de 2009

—¿Que cuántos libros he robado? —Pol la miró con ojos de asombro, pero en realidad estaba aguantando la risa—. ¿Te parece una pregunta adecuada después de tanto tiempo?

—Sí, me parece adecuada. Solo te estoy preguntando por tu trabajo.

—Ah, no, no, no... Eso se ha terminado. He cambiado de vida.

—¿Otra vez? —soltó ella sin poder reprimir una sonrisa—. ¿Cuántas van ya?

—Esta es la definitiva.

A Laura se le heló la sonrisa y la embargó una profunda tristeza.

—De verdad —recalcó él.

Ella volvió a sonreír, pero en esta ocasión sin fuerzas.

Pol había cambiado de vida en muchas ocasiones, pero la existencia suele empeñarse en llevarte por donde ella quiere. Por el camino nos gusta pensar que tenemos el control, que las riendas están en nuestra mano, aunque rara vez es así. Pol miró a Laura a los ojos. Siempre le habían parecido fascinantes esos ojos claros, tenían una profundidad temible por la que creía que se podría llegar a perder, y esa premonición le hacía sentir vértigo, aunque el amor suele distorsionar nuestra imagen del mundo. ¿Cuánto hacía que se conocían? ¿Ocho, nueve años? ¿Y cuánto tiempo llevaban sin verse, cuánto había pasado desde aquel día que dejaron de...? Cuatro años. Sí, de eso Pol estaba seguro: las grandes meteduras de pata no se olvidan así como así, te quedas con la fecha, incluso con la hora. No pudo evitar una pregunta que le quemaba la lengua:

—¿Cómo te va con la librería?

A Laura se le congeló el gesto, solo por un instante, pero tan significativo como ciertos silencios. Dio un sorbo al café que estaba bebiendo. Le dejó un reguero de espuma sobre el labio superior que ella eliminó con un suave lametón. A Pol no le pasó desapercibido el gesto. Cuando la joven librera se decidió a contestar, lo hizo mostrando de nuevo su sonrisa perfecta, de anuncio:

—De maravilla —respondió irónica—. Dejando de lado algunos líos en los que me metiste y unas cuantas deudas que no sé cómo voy a pagar, Loire va genial.

—De eso te quería hablar: quizá pueda solucionar ese... problemilla que tienes con los prestamistas.

—¿Problemilla? Son mafiosos. En mala hora se me ocurrió pedirles nada.

—Lo sé, lo sé muy bien. Pero ya me entiendes. Tengo unas cosas para vender y...

—No, no... Para con eso ahora mismo. Ya me liaste lo suficiente en el pasado y ¿ahora quieres engatusarme para otro de tus negocios? ¿No habías cambiado de vida?

—Estoy en ello, poco a poco. Antes tengo que liquidar algunos asuntos.

El hotel en el que habían quedado era de los mejores de Madrid. Su cafetería restaurante, casi vacía a esas horas, se abría en un amplio ventanal a la Gran Vía. La decoración combinaba con acierto relativo las raíces Belle Époque del local original con adornos minimalistas de última moda.

—No tienes remedio, Pol. Después de tantos años, y sigues igual.

—Sí que tengo remedio, pero necesito que me ayudes. Debo pasar algunas páginas.

—Muy apropiado para un ladrón de libros...

—... y una librera.

—No estarás haciendo comparaciones entre nosotros...

—En absoluto.

—No nos parecemos en nada.

Pol miró el escote de su amiga. Vestía elegante, sin exageraciones, y, pese a todo, con un toque sexy. Al menos a él se lo parecía. Había conocido a muchas chicas en su vida, aunque nunca supo cómo catalogar a Laura. En un primer vistazo podía dar la sensación de ser una niña pija, pero algo en su apariencia lo desmentía. Alta y delgada, aunque de curvas sinuosas, vestía con frecuencia de forma desenfadada y aun así desprendía una sensación natural de elegancia. A Pol le llamaba la atención el color de su melena, un tono entre castaño y rubio que variaba según el ángulo de la luz. Y sus ojos, claros, de un tono indefinido entre el azul y el verde. Le fascinaban. ¿Era una empollona sabelotodo o una chica moderna con estilo y cultu-

ra? No sabía en qué parte de su imaginario colocarla, sobre todo porque su carácter impulsivo y pasional a menudo desmentía su apariencia de buena chica.

—¿Qué planes tienes ahora? —preguntó ella.

—¿Quieres venir a Nueva York conmigo? —le soltó él sin previo aviso.

—¿A Nueva York? —rió Laura—. ¿Para qué? —continuó tomándose a guasa.

—De vacaciones. Un par de días —dijo Pol como si le estuviese proponiendo ir a cenar al bar de la esquina.

—¿Solo vacaciones?

—Bueno, me gustaría... —Pol dudó un segundo—. Me gustaría que volviéramos a estar juntos. Tú y yo.

—¿Volver a...? —preguntó ella con una media sonrisa.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Laura dio otro sorbo al café. Esta vez olvidó limpiarse la espuma blanca. Pol lo hizo por ella, con un gesto suave de la mano, y notó cómo su amiga se estremecía con el contacto.

—Siempre me lías, Pol.

—Quizá es que te gustan los líos... ¿No lo has pensado?

Ella guardó silencio y Pol no insistió. Se acarició la barba, como hacía siempre que buscaba algún argumento para convencer a Laura. O algún plan para robar. Laura conocía muy bien ese gesto, como conocía esa barba descuidada, oscura, tan oscura como el pelo corto de Pol. Un desaliño estudiado que, como la elegancia de Laura, parecía por completo natural.

—No son solo unas vacaciones —dijo entonces Pol—. Voy a vender los libros que me quedan.

—¿Otra vez con esas, Pol? —replicó ella con gesto serio—. No cuentes conmigo.

—Escucha. Son cosillas sueltas, restos de antiguos gol-

pes, nada importante. Pero todo junto dará bastante dinero. Si me acompañas, es tuyo. Servirá para cubrir la deuda de Loire. —Apoyó los brazos sobre la mesa y cogió sus manos.

—¿Como en 2005? —protestó Laura. Miraba sus manos entrelazadas, suspicaz.

—Aquello fue una cagada, lo sé. Y no lo hice a propósito.

—Estaría bueno...

Laura miró a Pol de arriba abajo. ¿Qué tenía aquel chico que le había hecho perder los papeles tantas veces? No era más que un delincuente. Pero también era cariñoso, detallista... Y le parecía tan atractivo, tan diferente al tipo de hombres que había conocido en su ambiente profesional. Estudiantes, profesores, bibliófilos. Gente interesante, culta y... muy aburrida. Pol llevaba la aventura tatuada en la piel. ¿Por qué le costaba tanto resistirse a esa fuerza que, a lo largo de los años, le había traído más problemas que otra cosa?

—Te prometo que no habrá peligro. Sabes que los libros no llaman la atención en el control de los aeropuertos. Y una vez en Nueva York resolveré el negocio con rapidez y sin que te enteres. Será cosa de un momento. El resto del tiempo será para nosotros. Pasearemos por Central Park, daremos de comer a las ardillas, visitaremos la Estatua de la Libertad... —dijo con una media sonrisa.

Laura miró por el ventanal, el trasiego incesante de gente que subía y bajaba por la Gran Vía cargada con bolsas. El consumo de productos de dudosa calidad, el gran entretenimiento del siglo XXI. Eso y trabajar sin parar. ¿No ofrece la vida nada más?

—¿De verdad no habrá peligro? —preguntó Laura después de unos segundos de silencio.

—Te lo aseguro, es pan comido —sonrió Pol creyendo, una vez más, que la había convencido.

Sin embargo, Laura pareció contrariada con la respuesta.

—Siempre es pan comido, Pol. —Suspiró—. No me fío nada... Aunque supongo que eso es lo que siempre me ha gustado de ti.

—¿Eso significa que vendrás conmigo?

—No —dijo, aunque había sonado como un sí.

Pol la miró asombrado.

—Vamos a hacer otra cosa... —fue la respuesta de Laura mientras se levantaba—. Espérame aquí un minuto y luego... ven a buscarme.

Tras pronunciar estas palabras, Laura se levantó, se arregló la falda de piel negra que le cubría justo por encima de la rodilla y se marchó directa a los servicios.

—¿Laura? No fastidies...

Un minuto exacto después Pol se dirigió también a los baños del hotel. Tuvo que bajar una escalera de caracol que parecía sacada del castillo de la Cenicienta. Abajo, unos aseos unisex de lo más *cool*, de paredes cubiertas de espejos y mármoles. Una puerta entreabierta le indicó dónde lo esperaba Laura. El espacio era estrecho, un cubículo en el que apenas podían desenvolverse dos cuerpos. Pero lo hacían. Primero un roce, una caricia. Luego un beso, y otro, cada vez más profundos... Pol podía sentir el ligero temblor de la piel de Laura.

—¿Quieres volver conmigo? —le preguntó ella con voz entrecortada—. Pues vuelve. Ahora.

Pol nunca llegaría a entender a esa mujer de vida aparentemente tranquila que, sin embargo, se excitaba hasta perder el control en cuanto rozaba el riesgo. Aunque fuera un riesgo tan pequeño como el de verse pillados ha-

ciendo el amor en los baños de un hotel de lujo. Tal vez esa dualidad era lo que más le gustaba de ella. O lo que había en Laura que él nunca podría tener.

Mientras la besaba en el cuello, Pol se preguntó quién liaba en realidad a quién. Laura, dejándose hacer, recordó el momento en el que se conocieron y en el que su vida se convirtió en... Sí, en un montón de líos.